

“PARA QUE SEAN MIS TESTIGOS”

(Hch 1,8)

Con este lema, el Papa Francisco nos invita a meditar en este año 2022, comprometiéndonos todos a rezar por la misión en la Iglesia.

¿Qué es ser testigo?

La Real Academia Española responde que testigo es aquella persona que presencia o adquiere directo y verdadero conocimiento de algo.

En griego la palabra testigo se dice **mártys**, de donde deriva el vocablo español “mártir”, el cual es el testigo por antonomasia.

Todos los bautizados estamos llamados a ser “testigos” de Cristo. Pero hemos de destacar que el discípulo misionero de Cristo se convierte en auténtico testigo si primero abre su mente, su alma y su espíritu al poder (*dýnamis*) que viene del Espíritu Santo (Hch. 1, 8). Sin esta gracia, es decir, sin este poder misterioso que viene de lo Alto, el misionero corre el riesgo de que la misión sea vaciada del misterio al cual está llamado a proclamar. Corre el riesgo de ser más maestro que testigo, o de ideologizar el mensaje, o de convertirse en un asistente social. Por el contrario, esta *dýnamis* del Espíritu Santo es precisamente la gracia que le da sentido y sabor a la misión y a la vida del misionero. Por eso aquí san Lucas, en los Hechos de los Apóstoles destaca que es una fuerza que viene sobre los discípulos, se posa sobre ellos, hace morada en su interior y enciende así el fuego del Amor.

Hace unos domingos, Jesús en su Evangelio nos decía: “Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¿y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!” (Lc. 12, 49). Ciertamente que se refiere al fuego del Amor.

En definitiva, esta es la misión de la Iglesia, que el discípulo misionero movido por el fuego del amor de Dios encienda ese mismo fuego en el corazón de sus hermanos, actualizando cada día el misterio de Pentecostés para que todos queden llenos del Espíritu Santo (Hch. 2, 4) y así todos sean testigos de Cristo hasta los confines de la tierra (cf. Hch. 1, 8).

Este poder venido del Espíritu Santo sobre el misionero haciéndolo testigo, ese fuego interior, es lo que los padres cistercienses describen como “*experiencia de lo Divino*”. Esta *experiencia* de Dios en el corazón no es un misticismo desencarnado, sino por el contrario, es ser conscientes que, teniendo los pies sobre la tierra, el discípulo misionero se siente llamado a proclamar

los misterios del Cielo. Experimenta esa fuerza de lo Alto que arde en sus entrañas con el fuego del amor, una *llamarada Divina* (cf. Ct. 8, 6), que inexorablemente le impulsa a salir de sí mismo para proclamar la verdad y la realidad del Cielo hasta los confines de la tierra.

Esta gracia de la *experiencia de lo Divino* en el corazón del misionero se alcanza y se recibe, por cierto, “*estando con Jesús*” en la oración, en la meditación de su Palabra y en la adoración silenciosa y contemplativa de la Eucaristía, momentos que el misionero nunca ha de abandonar.



En el Antiguo Testamento Dios nos dice por medio del Profeta Isaías: "Ustedes son mis **testigos** y mis servidores; a ustedes los elegí para que **entiendan y crean** en mí, y para que **comprendan** que Yo Soy" (Is. 43, 10).

Volvamos brevemente sobre los verbos **entender**, que alude a la razón; **creer**, que involucra a la fe; **comprender** que se refiere al corazón, a un acto interior del hombre donde conjugando razón y fe éste adhiere a los misterios divinos movido por el *poder recibido del Espíritu Santo*. Se trata de un ver y oír con los sentidos del alma y del corazón.

Esta experiencia interior, en lo más profundo del corazón del hombre es lo que experimentó Moisés en la zarza ardiente (cf. Ex. 3).

Es la experiencia de Juan Bautista en el vientre de su madre Isabel ante el saludo de la Virgen María en la visitación (cf. Lc. 1, 41-44).

Es la experiencia de Andrés y del otro discípulo desconocido cuando *fueron a ver dónde vivía Jesús, fueron y vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día; era alrededor de la hora décima* (cf. Jn. 1, 39). Si la hora *Nona* o *Novena* es la hora de la Cruz y de la muerte, la hora *décima* es la hora de la perfección, de lo que sigue a la muerte, es decir, la *hora del Cielo*, de la eternidad; Jesús les hizo experiencia del Cielo, experiencia del seno del Padre, que es la morada del Hijo. Ante esta experiencia interior, fueron *testigos* del misterio del Cielo y entonces *se quedaron con Él*, es decir, creyeron y adhirieron en fe a Cristo.

Es la experiencia de Pedro, Santiago y Juan en el Tabor, que estando en la tierra, vieron a Moisés y Elías conversando con Jesús (cf. Mt. 17, 1-6; Mc. 9, 1-8; Lc. 9, 28-36).

Es la experiencia de Pedro y Juan asomándose en el sepulcro vacío cuando *vieron las vendas, que habían amortajado el cuerpo de Jesús, yacientes y desinfladas en el suelo* (cf. Jn. 20, 1-8).

Es la experiencia de los discípulos de Emaús, cuando el Resucitado al partirles el pan, *desapareció de su vista y se les abrieron los ojos y, creyendo en Él, se decían: "¿No ardía acaso nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras por el camino?"* (cf. Lc. 24, 30-32). Y saliendo de Emaús fueron a **testimoniar** el misterio de la Vida Nueva entre sus hermanos que estaban reunidos en Jerusalén.

En fin, **ser testigo** es recibir la fuerza que viene de lo alto, ese poder divino que es una gracia, una llamada de Dios, que encendiendo de tanto fervor el corazón del discípulo misionero, haciendo en su interior la experiencia de Dios, le convierte en **testigo de Cristo**, hasta los confines de la tierra.

Oración:

Señor, dame la gracia de abrir mi inteligencia, mi alma y mi corazón para que pueda entender tus divinos misterios; ilumíname con la luz de la fe para creer con todo mi ser que Tú eres Dios y no hay otro fuera de Ti, y encendido con este fuego Divino, sea testigo del misterio de Dios entre mis hermanos.

Señor, dame la gracia de recibir el poder que viene de lo Alto, el poder de tu Espíritu Santo para que haciendo experiencia de Ti sea un testigo de tu Presencia en tu Iglesia para que muchos puedan reconocer que Tú estás con nosotros hasta el fin del mundo (Mt. 28, 20).

Señor, inunda el mundo entero de testigos de las verdades del Cielo, de modo que, en tu Iglesia, haya más testigos que maestros.

Oh Señor, quiero y deseo ser tu testigo hasta los confines de la tierra. Aquí estoy, envíame (Is. 6, 8), para que, siendo tu testigo, el mundo entero te conozca, te alabe, haga reverencia y te sirva hasta el momento de presentarnos ante Ti, santos entre los santos del Cielo.

A Ti te lo pido, mi Amado Jesucristo que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, y eres Dios, por los siglos de los siglos. Amén.



Pbro. Gerardo Rivetti
Eremitario Virgen del Signo
Diócesis de Río Cuarto

